

## réquiem para un presidente

**P**OCO después de la primera guerra mundial, el industrial norteamericano Henry Ford, afirmó: "Un ejército o una armada en este país, es un instrumento de protección de la mal aconsejada, ineficiente y destructora Wall Street" (del Drama de los Estados Unidos, del periodista John Gunther).

En enero de 1956, el portavoz del partido republicano, la revista Life, provocó un principio de escándalo internacional, al entrevistar a John Foster Dulles y reproducir sus declaraciones en el sentido de que los Estados Unidos habían estado "bluffeando" con amenazas de guerra, desde hacía tres años, sin estar dispuestos ni preparados para ella. El secretario de estado Foster Dulles agregaba textualmente: "Este arte de asustar a la humanidad con la amenaza de la destrucción atómica obedece a estrictos propósitos estratégicos".

John Foster Dulles, cuyo record de vinculaciones con los grandes consorcios financieros norteamericanos detallé minuciosamente en la primera parte de este reportaje, no explicó sin embargo "para quien era beneficiosa esta estrategia de asustar a la humanidad".

El horror a la muerte atómica, diseminado en Estados Unidos desde el Departamento de Estado, tiene un paralelo en el informe del año pasado del First National City Bank,

sobre las ganancias de las corporaciones financieras más grandes de ese país, en los últimos 15 años. En junio de 1953, cuando Foster Dulles comenzó su confesa política de bluff atómico, las ganancias corporativas habían llegado al más bajo nivel desde la segunda guerra mundial: 14.800 millones de dólares. En diciembre de 1956, después de tres años de dirigir el horror atómico, Foster Dulles podía leer la siguiente cifra: 24.900 millones de dólares de ganancias.

Aquí resultan válidas las palabras del reportero norteamericano Elliot V. Bell, del New York Times, que en su libro "Visto por Nosotros", explicaba "cómo Wall Street se mantenía en contacto con Washington, indicándole con brutalidad cuándo era necesario hacer lo que había que hacer".

El 22 de noviembre de 1963, John Fitzgerald Kennedy fue fusilado en las calles de Dallas, y ya he demostrado que eso fue simplemente la firma de un contrato por la libertad de acción de los fabulosos intereses económicos de los grandes consorcios financieros norteamericanos, amenazados de muerte por la política de Kennedy.

Pero, al mismo tiempo que la gran empresa privada liquidaba de una vez el peligro, millones de personas veían escaparse junto con la sangre de Kennedy las esperanzas de conseguir por fin integrar un grupo de seres humanos viviendo como seres humanos.

Cuando John Kennedy, el cadáver de John Kennedy, recibió el emocionante homenaje militar de su hijo de tres años, en la escalinata de la catedral de Washington, el reportero autor de este libro, que estaba a veinte pasos del niño John-John, sintió de improviso una realidad física. Esta realidad física: no sólo es el cadáver de John Fitzgerald Kennedy el que está siendo enterrado: junto con él, hoy son los funerales de las esperanzas de desarrollo normal de América Latina.

Y ésta no es una afirmación emocional. Es una afirmación estrictamente intelectual. América Latina, para los grupos financieros que manejan el gobierno de los Estados Unidos, es una región para hacer negocio. Para hacer negocio con el cobre, el petróleo, el café, la carne, el hierro, el azúcar y los

plátanos latinoamericanos. El negocio es tan simple como esto: obtenerlos a un costo de 10, y venderlos a un precio de 100 en el mercado mundial. Mercado Mundial que ellos manejan, como ya expliqué en el caso específico del petróleo.

Y en el hombre Kennedy, por un simple sentido histórico de su misión, surgió la idea de terminar con esto. Surgió la idea de la Alianza para el Progreso, con esta definición de John Kennedy:

“Será un vasto esfuerzo corporativo, sin paralelo en su magnitud y nobleza de propósitos, con el fin de satisfacer las necesidades fundamentales de todos los pueblos americanos, en cuanto a techo, trabajo y tierra, salud y escuela”.

Este gigantesco esfuerzo lo había acuñado Kennedy, por una sola razón, que fue su manera de vivir casi siempre: **PORQUE ERA JUSTO.**

Pero lo que es justo, no siempre es bueno para los que gobiernan el gobierno de Estados Unidos. Recordemos la afirmación del principal ministro del general Eisenhower, Charles Wilson: “Lo que es bueno para la General Motors es bueno para Estados Unidos”. Y lo que es bueno para la General Motors, no siempre es justo.

En un principio, es decir en 1961, la Alianza para el Progreso era apenas un bosquejo sentimental de John Kennedy, y hay una definición del periodista argentino Gregorio Selser, que resulta brillante para esa etapa de la idea:

“Un noble propósito y una lamentable equivocación. Porque Kennedy, que podía sostener un principio porque es justo, no tuvo en cuenta que la caridad no es justicia sino mimetismo, disfraz de la conmiseración. Y peor todavía, porque era una caridad dictada por el temor y la histeria. Lo justo es la no explotación de pueblos subdesarrollados, lo justo es pagar precios equitativos por las materias primas, lo justo es no armar hasta los dientes a las guardias pretorianas, que es lo que son los ejércitos hispanoamericanos; lo justo es no apoyar a regímenes políticos odiados por los pueblos; lo justo es permitir el desarrollo de las naciones sin imponerles precios políticos ni tasar la ayuda; lo justo es impedir que reinen

el hambre, la miseria y la desesperación en las masas del Continente; lo justo es construir represas, fábricas, universidades allí donde los pueblos lo requieren, y no casas de departamentos, hospitales, caminos y cloacas donde los políticos lo indiquen”.

Pero John Fitzgerald Kennedy, como Roosevelt, era un hombre que aprendía en el poder. Aprendía a medida que gobernaba. Y aprendió que América Latina no necesita limosna, sino ser liberada. ¿Liberada de qué? Liberada de los poderes imperiales de los consorcios financieros que someten y ordenan a grandes ratos históricos la conducta del propio gobierno de Estados Unidos.

Y así, desde la segunda mitad de 1963, la Alianza para el Progreso, en la concepción de Kennedy, había cambiado fundamentalmente con respecto a 1961. Ustedes tienen que recordar el episodio de Harvey Poe, en Buenos Aires, en relación al petróleo argentino.

Kennedy, que estaba liquidando el poder del super-gobierno del dinero de mil norteamericanos en su propio país, planeaba hacerlo ahora en nuestra América.

Lo asesinaron cuatro meses más tarde del comienzo de este punto de inflexión en la política norteamericana con respecto a América Latina... y con el cadáver de Kennedy, los grandes consorcios financieros pretendieron asegurarse otro siglo de ganancias por medio de nuestras riquezas.

Pero la historia es más rápida que el balance comercial de los Morgan, los Rockefeller, los Guggenheim y sus herederos. El asesinato de John Kennedy no detuvo la historia.

Treinta días después de morir fusilado en Dallas, John Kennedy revivió en un desalentador informe de la Comisión Económica para la América Latina, dependiente de las Naciones Unidas. Parte de ese informe tenía esta advertencia:

“El pronóstico para los próximos años, si no se introducen hondas y oportunas rectificaciones, es evidentemente desolador. Para fines de la presente década, el déficit de recursos externos tendrá proporciones incompatibles no sólo con un desarrollo a tasas aceptables sino hasta con el manteni-

miento de la vida económica y social en condiciones de normalidad y orden”.

¿Por qué la Cepal hacía esta admonición para América Latina? ¿Qué anda mal en América Latina? La propia Cepal lo explica, y desenmascara a los mil norteamericanos del supergobierno del dólar.

Dice Cepal: entre 1955 y 1961, América Latina sufrió pérdidas calculadas en más de 10 mil millones de dólares, debido al deterioro de los precios del intercambio.

Para nosotros, que ya conocemos qué significa comercio mundial, qué significa Wall Street y qué el gobierno norteamericano hasta antes de Kennedy, esto se explica mejor así:

Los precios de nuestro cobre, de nuestro café, de nuestro hierro, nuestros plátanos, nuestra carne y nuestro estaño, son amañados en el mercado mundial por los Morgan, Rockefeller y sus herederos, haciéndolos bajar a su antojo. Ellos ganan más, y los latinoamericanos, que son los dueños, se arruinan.

Pero, ¿quiénes ganan más? ¿El pueblo de Estados Unidos? ¿El gobierno de Estados Unidos? No, los mil norteamericanos que han concentrado en sus manos el poder de la libre empresa. Y para que ganen más dinero los mil norteamericanos, ocurre un contrasentido que el secretario general de las Naciones Unidas, U Thant, señalaba así, en la víspera del asesinato de Kennedy:

“Hoy día existe una enorme brecha en el mundo. Una enorme brecha porque mientras los países ricos se hacen cada vez más ricos, los países pobres se hacen cada vez más pobres. Y este hecho es un peligro mucho más grande para la paz del mundo, que las bombas termonucleares”.

Y la mecánica de la existencia de esta enorme brecha no hay que buscarla muy lejos, para lo que a América Latina se refiere. Está allí, en la calle del muro, que en inglés se dice Wall Street; o está en Texas del petróleo: o en Montana de las minas.

Lo sospecha la Cepal cuando afirma que “las medidas proteccionistas o restrictivas que han seguido las áreas industrializadas han sido severas en materia de productos agríco-

las, menos acentuadas en relación con los combustibles y minerales, y prácticamente prohibitivas en cuanto a posibilidades de participación con exportaciones de manufacturas de origen latinoamericano. Todo esto ha determinado pérdidas apreciables de la participación latinoamericana en el comercio mundial y cambios en la composición de sus exportaciones tradicionales”.

¿Quiénes dictan esas medidas proteccionistas en el mayor mercado potencial de América Latina? Lo hemos visto ya: los herederos de los Morgan y los Rockefeller. La superestructura que dirige al gobierno de Estados Unidos.

Y la Cepal cala hondo cuando explica que la asfixia de Latinoamérica se debe en no poca medida a “los problemas especiales que se derivan principalmente del control que ejercen sobre buena parte de la extracción, elaboración y comercialización de sus productos, las compañías extranjeras con sede en los países desarrollados”.

Para América Latina, esto significa las compañías del cobre, del petróleo, del hierro y del estaño, que tienen sus sedes en Estados Unidos. Y los dueños de esas compañías no son el pueblo norteamericano; son mil norteamericanos que ganan a costa de 180 millones de latinoamericanos.

John Kennedy, aprendiendo en el poder, entendió el camino de la historia, y la cada vez más insostenible posición de nuestra región, que tendría que estallar en caos y saltos en el tiempo. Eso es lo que se llama revolución. Entendió que el desarrollo real de América Latina, fuera del control de los mil norteamericanos, era beneficioso para los propios Estados Unidos, política y económicamente (ver el caso del petróleo en la segunda parte).

Y la Alianza para el Progreso, así, se transformó en otra arma de Kennedy contra los consorcios financieros. Esa es la explicación de que jamás ese programa pudo encontrar apoyo real del Congreso yanqui, y fue saboteado continuamente, hasta convertirse en un cadáver cubierto por la bandera de los Estados Unidos, en el Cementerio de Arlington: el cadáver de John Fitzgerald Kennedy. Cuando se trató de la

Alianza para el Progreso, el más brillante gestor de mayorías parlamentarias en la historia norteamericana, Lyndon Baynes Johnson, falló lamentablemente, y nunca consiguió apoyo para Kennedy ni en el Senado ni en la Cámara de Representantes.

Hoy, asesinados Kennedy y la Alianza para el Progreso, Latinoamérica se enfrenta a su propio destino, estrangulado por los mil herederos de los Morgan y los Rockefeller. No obstante, la historia no se detiene planeando el asesinato más fantástico de los últimos cien años. Porque América Latina, unida, pedirá en Ginebra, en la reunión mundial para el comercio y el desarrollo, trato justo en el mercado mundial de productos. Es decir, que nosotros los "nativos", estaremos juntos a los banqueros de los herederos de los Morgan y los Rockefeller, en el negocio mundial, protegiendo nuestras propias riquezas.

Y hay más todavía. Una de las exigencias de América Latina en Ginebra, será esta: "Los países desarrollados deberán abstenerse de todas medidas de represalia contra los países subdesarrollados, aun en el caso de que se refieran a modificaciones en el régimen de propiedad".

¿Entienden? Pediremos que si Guatemala nacionaliza la industria platanera, dañando los intereses de los Moors y Cabot y Foster Dulles de la United Fruit Company, Guatemala no sea invadida en nombre de la democracia. Pediremos que las negociaciones se hagan entre el gobierno de Guatemala y el Gobierno real de Estados Unidos, y no entre el gobierno de Guatemala, y el representante de la United Fruit Company en el Departamento de Estado.

Y ésta ya no es una petición de un loco nativo revolucionario. Es una petición de TODA LATINOAMERICA por consejo de un organismo de las Naciones Unidas.

Es que la historia se pretendió detener dando una orden de asesinato en Dallas, para beneficio de mil, cuando estaba en juego el destino de 400 millones de habitantes de este hemisferio. Y los hombres sabemos que la historia no se detiene a balazos. Su curso es inexorable... a pesar de que para

nuestra región, el hombre que quiso adelantarse a ella, dañando a un grupo de sus compatriotas fue eliminado en Dallas, estado de Texas, Estados Unidos de América.

Puede que este réquiem para el presidente John Fitzgerald Kennedy no resulte imparcial, para el sabor de un hombre de oriente, de occidente, del sur o del norte. Pues, ocurre que no es imparcial. Un réquiem para John Kennedy no puede serlo, si está escrito como éste por un periodista de la generación que reemplazará a la de Kennedy en el destino de nuestra región. No puede serlo, para un periodista cuya generación, a su vez, será reemplazada por sus hijos, que tienen la misma edad que John John y Caroline, los huérfanos de Washington. No se puede ser imparcial al juzgar al único norteamericano de la clase gobernante que quiso destruir el poder de mil norteamericanos que tienen una sola filosofía: la del dólar. No se puede ser imparcial al juzgar a un hombre que fue destruido por ellos. Por último, no se puede ser imparcial, cuando se escribe un réquiem para un presidente norteamericano, que hablando del negro, estableció:

“Este es un insulto constante que no debiera ocurrir en un país orgulloso de su herencia, la herencia del crisol de razas, de los derechos iguales, de una sola nación y de un solo pueblo. A nadie se le ha prohibido, por motivo de su raza, que combata y muera en defensa de su patria; no hay letreos para “blancos” y “negros” en las trincheras ni en las tumbas de los campos de batalla. En 1963, cien años después de la emancipación, no debiera ser necesario que ningún ciudadano norteamericano realice manifestaciones por las calles en defensa de sus derechos a residir en un hotel o comer en un restaurante situado en el mismo establecimiento donde realizó sus compras o asistir a una función de cine en igualdad de condiciones con cualquier otro parroquiano... En este año del centenario de la emancipación, un deber de justicia nos exige que aseguremos las bendiciones de la libertad para todos los norteamericanos y para su posteridad, no meramente por razones de deficiencia económica, de diplomacia mundial



y de tranquilidad interna, sino, sobre todo, **PORQUE ES JUSTO**".

Porque era justo, Kennedy luchó por destruir el poder fabuloso de los grandes consorcios financieros, que conforman un supergobierno, que tienen a Estados Unidos en una maraña de situaciones internacionales contradictorias, injustas, increíbles y a veces siniestras. Por eso, Kennedy, desde el exterior, apareció como un norteamericano más de los muchos puestos en la Casa Blanca por los herederos de los Morgan y los Rockefeller. El proceso de "aprendizaje" en el poder que sufrió Kennedy en sus tres años de gobierno, es notorio en los dos episodios de Cuba: la Operación Pluto y el episodio de octubre de 1962.

El lunes 17 de abril de 1961 es la primera señal de que Kennedy "estaba aprendiendo" en el poder. Para Cuba revolucionaria, ese día se conoce como la "victoria" de Bahía Cochinos. Para Estados Unidos y su prestigio del gran garrote, fue "la derrota" de Bahía Cochinos. Para los que conocieron íntimamente a John Kennedy, ese día fue la "primera lección" de bahía Cochinos. Y fue una lección trágica: la indecisión de John Kennedy causó la masacre de centenares de cubanos. Pero no se podía pedir más para ser la primera lección.

John Kennedy, empeñado en ganar la elección presidencial de 1960 con los votos del sur, que maneja Lyndon Baines Johnson, prácticamente prometió la invasión inmediata de Cuba en sus discursos de la campaña. Resulta típico el alegato que se produjo entre Kennedy y Nixon, en octubre de 1960, en el famoso debate por televisión. Las afirmaciones de Kennedy llegaron a tal extremo, que Richard Nixon le recordó que había una organización, con sede en el propio Washington, que se llamaba Organización de los Estados Americanos, que establecía claramente el principio de la no intervención.

En suma, Kennedy culpó al gobierno de Eisenhower de haber obligado a Castro a convertirse al comunismo y de, en seguida, haber permitido que Castro siguiera en el poder. Su

política para con Cuba, fue calificada por el sur, con alegría, como ultraconservadora.

Al mismo tiempo, la Agencia Central de Inteligencia estaba entrenando a los cubanos contrarrevolucionarios en Nicaragua y Guatemala. Era la Operación Pluto, que estaba concebida de esta forma: una fuerza de desembarco constituida solamente de cubanos; una fuerza aérea de aviones de guerra norteamericanos, y un gobierno en el exilio dirigido por Miró Cardona. Estas tres piezas de la Operación Pluto actuarían de este modo: la fuerza aérea norteamericana bombardearía los aeródromos cubanos para liquidar el poderío aéreo de Fidel Castro; dos horas más tarde, los cubanos entrenados en Nicaragua y Guatemala desembarcarían en Bahía Cochinos. Con el apoyo aéreo norteamericano, establecerían una cabeza de playa en Ciénaga de Zapata, construirían rápidamente una pequeña pista de aterrizaje. En esa pista descendería un avión con los miembros del proyectado gobierno cubano contrarrevolucionario. Una vez en suelo cubano, este gobierno diría que Cuba estaba en guerra civil... Y PEDIRIA PROTECCION A LOS ESTADOS UNIDOS que enviaría su flota, sus infantes de marina, y Castro sería derrocado.

Pero Operación Pluto fue concebida en la administración Eisenhower, y debía realizarla la Administración Kennedy. El nuevo presidente no tenía una concepción clara del problema Castro y Latinoamérica. Durante la campaña electoral, sus discursos sobre Latinoamérica fueron escritos por Richard Goodwin, un universitario de 29 años, de la Escuela de Leyes de Harvard. Cuando Kennedy llegó a la Casa Blanca y supo del plan de invasión de Cuba, entendió que Goodwin no podía ser su asesor en tan grave problema.

Llamó a Adolf Berle, viejo campeón del Nuevo Trato de Roosevelt y embajador en Brasil y subsecretario de Asuntos Interamericanos durante la administración de Franklin Roosevelt. Berle tenía una posición tajante respecto a Cuba. Advirtió a Kennedy: "Cualquiera acción armada contra Fi-

del Castro, tendrá el mismo resultado que la Doctrina Truman: será un paso negativo en la lucha contra el comunismo”.

Como ustedes saben, la doctrina Truman tenía como base el secreto atómico, para impedir que Unión Soviética se transformara en una potencia atómica. Falló en toda la línea: Unión Soviética transformó en arma de guerra, un año antes que los Estados Unidos, la bomba de hidrógeno.

En realidad, ya en marzo de 1961, Kennedy tenía el propósito de no apoyar la invasión de Cuba por medio de la Operación Pluto. Pero no impidió que la Agencia Central de Inteligencia siguiera usando bombarderos B-26 y transportes militares C-54 para entrenar a la fuerza de choque cubana en Nicaragua y Guatemala. Y así hasta el mismo momento en que los cubanos anticastristas estaban disparando en la Ciénaga de Zapata, éstos creían que los bombarderos norteamericanos vendrían en su apoyo en cualquier instante. Pero Kennedy, el día anterior, apoyado por su hermano Robert, había cancelado el plan entero en su parte norteamericana.

Si Kennedy se hubiera decidido antes, no habría habido invasión y el grupo de aventureros, en su mayoría ex batistianos, no habrían intentado el golpe. Esto, al parecer, provocó un sentimiento de culpa en el presidente, que aceptó de inmediato la negociación de los tractores por prisioneros, meses después. De nuevo, el encargo de la realización fue encomendado a Robert Kennedy.

El grado de confusión de Kennedy respecto a Cuba revolucionaria y a Latinoamérica misma, se ve claro en su reunión con los periodistas cuatro días después del fiasco de bahía Cochinos, fiasco que era exclusiva obra suya. Dijo Kennedy a los periodistas:

“Si las naciones de este hemisferio fallan en aceptar sus responsabilidades contra la penetración del comunismo internacional, entonces, este gobierno no vacilará en cumplir con sus obligaciones primarias, que son la seguridad de esta nación. Cuando este tiempo llegue, no pretendemos oír lecciones de no intervención por parte de aquéllos cuyo verdadero rostro quedó al descubierto en las ensangrentadas ca-

lles de Budapest. Los mensajes de Cuba, de Laos, de Latinoamérica, son todos iguales. Las sociedades complacientes, indulgentes y blandas serán pulverizadas por el paso de la historia... Estoy determinando a garantizar la supervivencia y éxito de nuestro sistema, no importa cuál sea su costo ni cuáles los peligros”.

Estas palabras, dichas tres días después del fiasco de bahía Cochinos, semejan un aviso a corto plazo de la invasión de Cuba. Pero, entendidas ahora, eran más bien una advertencia para la serie consorcios financieros-generales banqueros-política exterior tradicional de Estados Unidos. Porque Kennedy, en realidad, estaba pensando (como quedó demostrado en octubre de 1962) en los peligros que él enfrentaría al decidir que la existencia de Cuba, régimen comunista a 90 millas de Estados Unidos, era justa. Que Estados Unidos no tenía por qué cambiar, como hasta siempre, los gobiernos de América Latina, si no convenían a la estructura económica de libre empresa de la política internacional norteamericana.

Pero este pensamiento no se hizo realidad hasta mucho después, porque la indecisión de Kennedy era tan grande, su inexperiencia de tal grado, que solamente su extraordinario talento político lo salvó de cometer un grave error histórico. Lean ustedes con toda calma todos estos contrasentidos:

... Seis meses después de Bahía Cochinos, en octubre de 1961, el presidente Kennedy ordenó secretamente a la Junta de Estado Mayor, preparar un plan de invasión de Cuba... para ser usado cuando fuera necesario.

... En julio de 1962, el plan de invasión a Cuba estaba terminado. Se calculaba que las primeras oleadas de infantes de marina podrían estar luchando en tierra cubana ocho días después de dar la voz de partida en Washington. Cien mil infantes de marina serían enviados de golpe a las playas de Cuba, mientras docenas de bombarderos limpiaban la isla de aeródromos y emplazamientos militares. Se consultaba la participación de 456 navíos de guerra, desde portaviones hasta lanchas de desembarco. El presidente Kennedy, su gabinete y los altos jefes militares y civiles, deberían trasladarse a

refugios antiatómicos en las montañas de Virginia y Maryland, una vez iniciada la invasión, porque no se sabía qué actitud tomaría Unión Soviética. Para evitar sorpresas, para julio, ya estaba terminada una poderosa red de radares en la costa sur norteamericana. Esta red podía detectar cualquier movimiento aéreo en la parte norte de la isla de Cuba.

... El 15 de octubre de 1962, un vuelo de rutina de espionaje sobre Cuba, descubrió bases de cohetes en la costa norte de la isla. Eran cohetes de fabricación rusa, que podrían llevar en sus cabezas bombas atómicas, que podrían alcanzar Washington, y aun Nueva York. En realidad, los cohetes todavía no estaban montados, de modo que en ese momento eran inoperantes. Pero la noticia se filtró a los medios de información de Estados Unidos, y el norteamericano medio entendió esto: Fidel Castro tiene cohetes atómicos listos para ser disparados contra Estados Unidos.

... De inmediato, el Pentágono puso en marcha el plan de invasión de Cuba. El día 20 de octubre, el plan estaba listo en esta disposición: a las cero horas de la madrugada de la invasión, bombarderos rápidos ya basados en la península de Florida, arrasarían con fuego de ametralladoras y bombas livianas los lugares de emplazamiento de los cohetes. Se calculó en 15 minutos el tiempo necesario para barrer con los emplazamientos. Inmediatamente después, navíos de guerra y bombarderos pesados destrozaron las defensas costeras de la isla. Después de este primer golpe, tres divisiones (infantes de marina paracaidistas y la infantería) serían desembarcadas en la isla. Los paracaidistas asegurarían la defensa de un perímetro determinado para permitir el desembarco del resto de las tropas. En Florida, había cuatro divisiones de reserva. Se estimaba que en las primeras cuatro horas de combate, morirían cinco mil soldados norteamericanos. Las bajas cubanas no se estimaron.

Pero el John Kennedy de la noche del 20 de octubre de 1962, no era el mismo Kennedy de 1961, y un sentimiento de horror, casi como de alta traición, recorrió a los generales del estado mayor, cuando John Kennedy y Robert Ken-

nedy cancelaron la invasión de Cuba. "No hay invasión... sería un crimen peor que el de Pearl Harbour", les dijo Robert Kennedy a los generales. Y no hubo invasión de Cuba. En cambio, John Kennedy hizo un arreglo internacional en que, por primera vez en este siglo, jugó el término "porque es justo". Kennedy se comprometió a no invadir Cuba, si Unión Soviética sacaba de la isla los emplazamientos de cohetes. Unión Soviética y Kennedy cumplieron su palabra. Sólo que ahora hay un cambio; ya no está John Kennedy. Fue asesinado. Y el plan militar de invasión a Cuba está en los archivos del Pentágono, listo para ser usado en cualquier instante.

Al cancelar Kennedy en octubre la invasión a Cuba, se echó encima otro enemigo irreconciliable: los generales banqueros del Pentágono. En verdad, en ese momento, la superestructura de los consorcios financieros norteamericanos comprendieron con mayor claridad que nunca, que el hombre en la Casa Blanca era un político como sólo aparece uno cada cincuenta años. En lo interno, había comenzado su feroz maniobra de aniquilar el poder de la economía particular en las grandes decisiones internas y externas del gobierno de Estados Unidos; en lo externo, había terminado por aceptar la legitimidad de un gobierno comunista a 90 millas de su propio territorio.

Justo trece meses después fue asesinado.

Y la traición para los generales y los consorcios, fue simplemente desvergonzada en agosto de 1963, cuando el presidente Kennedy firmó el Tratado de Moscú. Esa historia ya se las he relatado. Pero no les he relatado por qué firmó Kennedy ese tratado que le valdría el calificativo público de "ocio de los comunistas". Kennedy pensaba así:

"A las naciones que podrían haberse erigido en adversarios nuestros, les hacemos no una promesa, sino una petición; que ambas partes comencemos la búsqueda de la paz, antes de que las negras fuerzas de la destrucción, desencadenadas por la ciencia, hundan a la humanidad entera en su propia

destrucción, deliberada o accidentalmente... La guerra incondicional ya no conduce a la rendición incondicional. Ya no sirve para la solución de las disputas. Ya no concierne a las grandes potencias solamente. Un desastre nuclear, diseminado por los vientos y las aguas, puede sumir por igual al grande y al pequeño, al rico y al pobre, al comprometido y al no comprometido. El hombre tiene que acabar con la guerra, o la guerra acabará con el hombre”.

Este deseo de eliminar para siempre las guerras era otro motivo más de traición, porque las guerras, frías o calientes, “convienen a los Estados Unidos”... es decir, convienen a los mil norteamericanos que rigen el comercio de este hemisferio y parte del otro. Recuerden al señor Ministro de Eisenhower, Charles Wilson: “Lo que es bueno para la General Motors es bueno para los Estados Unidos”. Y esa no es una mera expresión verbal: lo demuestran los balances comerciales de la General Motors, de la Dupont de Nemours, de la Standard Oil de Nueva Jersey, del Chase National Bank, de la Anaconda Copper... en fin, de todos los miembros distinguidos de la honorable sociedad internacional de los mil norteamericanos.

Y como el peligro para los mil estaba representado por la fuerza política de un hombre, la solución fue también única: el asesinato de ese hombre.

¿Qué enfrenta Estados Unidos, ahora que ha sido eliminado John Fitzgerald Kennedy? Enfrenta un momento histórico a gran velocidad, con una política histórica en retroceso. Sí, porque en el momento de agonizar Kennedy, agonizaba todo su nuevo concepto de lo que debería ser Estados Unidos en este tiempo, y volvía a los tiempos de Eisenhower, Truman... y el resto hasta la noche del pasado, que es más negra con Teddy Roosevelt, el sargento del gran garrote.

Estados Unidos tiene que recuperar América Latina, pero no como empleada doméstica del “patio de atrás” de la casa, sino como socio paritario. Era la idea de John Kennedy... ¿es la idea de Lyndon Johnson? No la es. Y lo demues-

tra un suceso reciente: la Conferencia Interamericana Parlamentaria celebrada en Washington. El 14 de febrero de 1964, el quinto editorial del New York Times, se quejaba de este modo:

“Sesenta senadores y diputados de ocho naciones latinoamericanas han asistido invitados por la Cámara de Representantes, a la Conferencia Interparlamentaria Panamericana de tres días, en Washington. La delegación parlamentaria de Estados Unidos estaba compuesta de 26 nombres, pero ningún senador asistió, y sólo tres diputados estuvieron en todas las reuniones. El presidente Johnson, que ha proclamado su interés en los asuntos latinoamericanos, y que recibió en la Casa Blanca al grupo interparlamentario canadiense el mes pasado, no prestó atención a los visitantes latinoamericanos. El secretario Mann creyó haber cumplido con su deber ofreciendo un coctel. El secretario Rusk pronunció un discurso de 20 minutos sobre parlamentarismo, estimado elocuente, pero que no ilustraba acerca de la política americana”.

“¿Y dónde estaban el senador Wayne Morse y el representante Armistead Selden, presidentes de los subcomités de asuntos latinoamericanos del Senado, y de la Cámara de Representantes? La situación la libró del desastre el representante republicano Bradford Morse, de Massachussetts, que defendió la posición de Estados Unidos con conocimiento y celo. Los delegados latinoamericanos se fueron insatisfechos. El cuerpo diplomático latinoamericano en Washington está molesto y critica. Hasta donde se puede apreciar, la Administración prestó atención exclusiva a Cuba y Panamá. Eran los únicos que estaban importunando”.

Todo esto, ocurrió solamente ayer, en febrero de 1964, y demuestra un grado de irresponsabilidad respecto a América Latina, que no sería grave si en ello fuera implícito sólo el orgullo diplomático. Pero ocurre que va implícito el destino de Estados Unidos, porque América Latina es la última región que Estados Unidos se puede dar el lujo de perder. El día que eso ocurra, habrá terminado un período en la historia: el período de los Estados Unidos. Y en ese instan-



te, usted podrá leer ensayos con este título: "Nacimiento y Caída del Imperio Norteamericano".

Y este súbito regreso al pasado, al morir asesinado John Kennedy, es notable si usted lee un relato del periodista francés Jean Davidson, en su libro *Corresponsal en Washington*. Es un relato durante la Administración de Truman, que resulta como copiado de lo que leímos en el *New York Times*, poco más arriba. Este es el texto del reportero francés.

"En Chile acababa de morir el Presidente Ríos. Inmediatamente llegó a la agencia (France Presse) un cable de nuestra oficina en Santiago, pidiéndonos que hiciéramos un esfuerzo especial —grandes reacciones en Washington sobre la muerte de Ríos, comentarios, etc.— para alimentar la prensa chilena, en la cual esa noticia figuraría con grandes titulares".

"Yo me sentía un poco perplejo. Fuesen cuales hubieran sido los grandes méritos del presidente Ríos, a nadie parecían preocuparles mayormente en Washington. Por exceso de celo, interrogué a un empleado del gobierno sobre su impresión ante la muerte de Ríos. Me contestó: "No lo conozco". En las altas esferas inquietaba mucho más la actitud "poco cooperativa" de los rusos en la comisión interaliada de Berlín. En resumen, yo empezaba ya a desesperar pensando que sólo quedaba el edificio simbólico de la Unión Panamericana para llorar, también simbólicamente, la muerte del presidente Ríos.

"Fui a la Unión Panamericana y no me sentí defraudado. Ya tenía el *lead* ante mi vista: las banderas de las veintiuna repúblicas americanas estaban a media asta... sólo tenía que juntar algunos recuerdos del pobre Ríos entre los colegas que le habían conocido y "largaría" la información en los términos siguientes: "Las banderas de las veintiuna repúblicas americanas se hallan hoy a media asta —testimonio de la gran pérdida que sufre el hemisferio occidental entero, con la muerte del Presidente Ríos... En Washington, todas las personalidades que lo conocieron, consternadas, recuerdan con mil anécdotas las cualidades excepcionales del

presidente de Chile, que tanto contribuyó a la causa de la paz . . .”

“Me sentía un poco avergonzado de “exagerar la nota” hasta tal punto, pero la competencia de la A.P. y de la U.P. es terrible, y no quería que me aplastaran una información “tímida” (que, por cierto, habría correspondido más a la realidad).

“Aquella mañana, una agradable mañana de otoño, en que las hojas amarillentas eran recogidas por jardineros vigilantes conforme caían sobre los verdes prados de la Casa Blanca, el presidente Truman daba su conferencia de prensa semanal.

“Decidí postergar un poco mi información por si el presidente hacía declaraciones importantes sobre la muerte del Presidente Ríos.

“La conferencia de prensa, que en esa época tenía lugar en el gabinete en forma circular de la presidencia, se desarrolló como de costumbre. Todas las preguntas formuladas concernían a las noticias referentes a las relaciones con los rusos o a los problemas internos americanos. En aquel entonces yo me ocupaba únicamente de América Latina, por lo tanto no tomaba notas. Truman no había dicho una palabra sobre Ríos. Cuando la conferencia de prensa estaba por finalizar el corresponsal de la A. P. Norman Carrigan, armándose de valor, preguntó:

—Señor Presidente, ¿podría decirnos algo sobre la muerte de Ríos?

“Truman, visiblemente sorprendido y sin estar informado al respecto, se recuperó al cabo de un momento y respondió:

—¡Ah! ¿Ríos? (lo que significaba, cómo, ¿ha muerto?). Era todo un caballero, lo conocí mucho, y me siento consternado.

“Mentalmente yo tomaba nota de que tendría que agregar a mi comunicado un pequeño párrafo diciendo que el presidente Truman había lamentado la noticia de la muerte del Presidente Ríos, expresando públicamente su condolencia durante la conferencia de prensa semanal.

"Envíe pues mi "reacción" de Washington sobre la muerte de Ríos con el *lead* que ya había escrito en la Unión Panamericana. Fue un fracaso total, uno de los más rotundos de mi carrera. Norman Carrigan y la A. P. ocuparon la primera página en todos los diarios chilenos y nosotros apenas figuramos en tercera página en dos o tres periódicos.

"El *lead* de la A.P. decía así: "El Presidente Truman ha expresado el duelo de toda la nación americana interrumpiendo su conferencia de prensa para rendir homenaje al gran hombre de estado chileno, el presidente Ríos, fallecido anoche... etc...." Yo, con mis banderas a media asta, hacía triste papel".

Hasta ahí el relato de Jean Davidson, de la Agence France Presse. En él, nos enteramos de dos hechos que, para el autor de este libro, no son novedad, porque es periodista. Primero, la terrible negligencia con que Estados Unidos trata sus problemas latinoamericanos, dejando que actúen directamente y sin cortapisas los agentes de las compañías extranjeras que explotan sus riquezas básicas. En realidad, la política de Estados Unidos para con Latinoamérica (excepto en 1962 y 1963 con John Kennedy), no se resuelve en la Casa Blanca, por una razón muy simple: al presidente de Estados Unidos no le interesa saber nada de Latinoamérica, que es patio privado de los consorcios financieros norteamericanos. Deja que ellos hagan su propia política, y él, como presidente de Estados Unidos, sólo firma y lee los discursos que le escriben en la Plaza Rockefeller o en Dallas, Texas. Así, ahorra tiempo el hombre en la Casa Blanca.

El segundo hecho demostrado por Jean Davidson, es el descaro con que agencias informativas internacionales deforman los sucesos para halagar a los vecinos del sitio a que va dirigida. Con el *lead* de la A.P., el chileno medio estuvo obligado a pensar: "Oh, el presidente Truman rindió homenaje a nuestro fallecido primer mandatario... interrumpió sus quehaceres para dedicarle su homenaje". Pero la verdad era otra: **EL PRESIDENTE TRUMAN NI SIQUIERA SABIA QUIEN**

## ERA JUAN ANTONIO RIOS CUANDO LE PREGUNTARON.

Pero, de 1946 a 1964, hay mucho más que 18 años de tiempo... hay todo un proceso histórico nuevo en marcha, y la negligencia de los gobiernos norteamericanos que en 1946 era fácilmente remediada tergiversando noticias; ahora, en 1964, tiene un carácter grave.

Y es grave, porque la negligencia norteamericana, que John Kennedy quiso remediar, puede llevar a los pueblos latinoamericanos a buscar otra salida a su estancamiento económico y social, una salida en que los Estados Unidos no tengan participación. Y si eso ocurre, Estados Unidos no sólo dejará de tener participación en Latinoamérica, sino en la historia.

Quiero terminar este réquiem para un presidente, explicando un suceso personal: la razón de este libro. Para ello, necesito citar las palabras de otro chileno, de Humberto Díaz Casanueva, presidente de la Tercera Comisión de las Naciones Unidas, que en la Asamblea General de la ONU, en Nueva York, el día martes 26 de noviembre, dijo:

“Yo no quiero expresar sólo condolencias, simpatías u horror, ante el desaparecimiento del presidente Kennedy. Yo no inclino mi cabeza enlutada ante una tumba para balbucear un discurso fúnebre. Yo yergo mi cabeza ante esa tumba, fresca y terrible, expresando dolor e indignación, y sobre todo protesta y esperanza. Yo no expreso sólo condolencias ni sólo silencio. Yo siento que desde esa tumba, alguien que está muerto, pero más vivo que todos nosotros, me dice: lucha...”

“Yo no lloro, yo protesto. En mi corazón resuena el lamento de millones y millones de seres humanos. Acepto las declaraciones de los estadistas, las honras fúnebres, las músicas sagradas y los llantos de las muchedumbres, pero quiero que ustedes sientan el latido cortado del hombre común, de Pedro y de Juan, ante el crimen absurdo y tremendo. Juan, que manejaba el arado miró al cielo y besó la tierra. Pedro, que manejaba el martillo, miró al cielo y crispó los puños. Yo quiero

hacerles brillar ante ustedes la lágrima del campesino o del obrero de todos los continentes, del hombre víctima de la persecución, de la injusticia, de la mujer esclavizada, de la familia sin techo ni pan, del niño sin porvenir...

En esas palabras de Humberto Díaz Casanueva, está el fondo emocional del nacimiento de este libro: la necesidad de luchar. La necesidad de decir la verdad, sin importar lo que cueste o a qué peligros exponga. Este libro es una protesta, es un signo de indignación... y es una advertencia para doscientos millones de personas que viven en Estados Unidos. Ellos sospechan, sienten, presumen, pero no saben exactamente por qué John Fitzgerald Kennedy fue asesinado. Hay el imperial poder de mil norteamericanos que controla todo lo que sirve de información diaria para los norteamericanos, y ese poder imperial puede enterrar para siempre la verdad sobre el fusilamiento en Dallas.

Y contra eso, está escrito este reportaje en forma de libro, porque "yo siento que desde esta tumba, alguien que está muerto, pero más vivo que todos nosotros, me dice: lucha".

Cuatro días antes de ser asesinado, el 18 de noviembre, John Kennedy tuvo que hablar ante los empresarios periodísticos que conforman la Sociedad Interamericana de Prensa:

"... Decenas de millones de nuestros vecinos hacia el sur, viven en la pobreza con un ingreso anual de menos de 100 dólares; que los promedios de vida en casi la mitad de los países de la América Latina es de menos de 50 años; que la mitad de los niños no tienen escuelas; que casi la mitad de los adultos no pueden leer ni escribir; que decenas de millones de residentes urbanos viven en condiciones inaguantables; que millones más en las zonas rurales padecen de enfermedades que se podrían curar fácilmente, pero que no tienen esperanzas de recibir tratamiento médico; que en vastas zonas existen hombres y mujeres debilitados por el hambre, mientras que poseemos las herramientas científicas requeridas para producir todos los elementos necesarios...

"Estos problemas, que constituyen una realidad en gran parte de la América Latina, no se pueden resolver solamente

con quejas contra Castro, o achacándole la culpa al comunismo, a los generales o al nacionalismo. La dura realidad de la pobreza y de la injusticia social no desaparecerá solamente con promesas de buena voluntad... ”

Palabras como estas son claridad suficiente para entender el odio irracional que contra sí acumuló John Kennedy, de parte de los mil norteamericanos. Porque él estaba estructurando “no sólo palabras de buena voluntad” en su país, en su economía, en su gobierno: estaba montando la maquinaria física para aplastar el poder de los consorcios financieros, como un modo de ponerse a la velocidad de la historia social contemporánea. Pero fue asesinado en Dallas, y los doscientos millones de norteamericanos vuelven a estar solos, a merced de los mil.

John Kennedy no fue un gobernante perfecto, simplemente, porque no podía serlo, ya que su oficio era en la Casa Blanca. Pero entre sus grandes errores, algunos trágicos para asiáticos y africanos, y su gran planificación de libertad para el propio gobierno de Estados Unidos, y Latinoamérica en seguida, hay un saldo positivo. Ese saldo positivo, en el fondo, fue la causa de su asesinato en Dallas.

Reflejo de este saldo causante de la muerte del presidente, es lo que dijo el delegado soviético ante las Naciones Unidas, Fedorenko, vicepresidente de la Asamblea General:

“El cobarde asesinato del presidente de los Estados Unidos de América, en momentos en que por los esfuerzos de los pueblos amantes de la paz ya se abrían perspectivas para el mejoramiento de las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, causa indignación al pueblo soviético en lo que tiene que ver con los culpables de este crimen repulsivo”.